

En alguna plaza se podría ubicar un reloj de sol

Vivimos en un mundo más o menos tecnificado, en algunos casos en alto grado, que tiende permanentemente a presentarnos productos a los que se ha calificado de "sophisticados". O sea: desnaturalizados.

Así es que nos encontramos con automóviles, artículos para el hogar, vestimentas, y tantos otros artículos altamente sofisticados. Que no son otra cosa que bienes altamente tecnificados o que cuentan con un cúmulo de detalles que contribuyen a incrementar el confort.

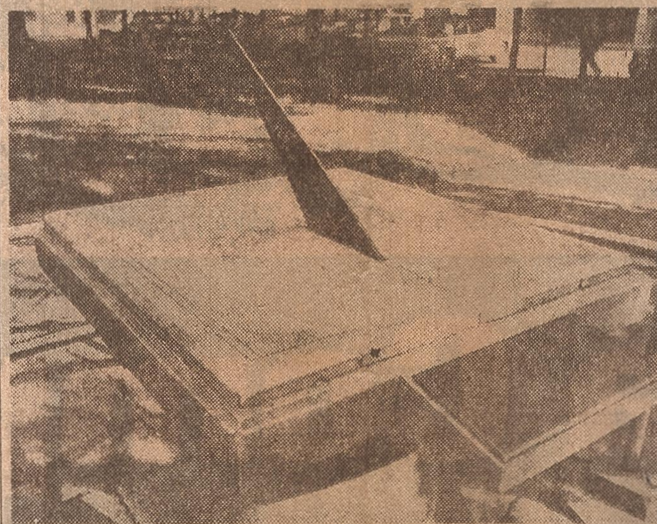
Y dentro de esa tónica se encuentra inmersa también la industria relojera. En los últimos treinta años —para recordar lo más reciente— se impulsaron los relojes extrachatos; los automáticos; los con incublok; los electrónicos; los a cuarzo; los con más y más rubies; hasta arribar a uno de los últimos modelos publicitados en el mercado nacional: los relojes a energía solar.

Si se trata de relojes de pulsera que cuentan con campos receptores de energía solar, ubicados sobre el cuadrante. Estos a su vez transmiten esa energía a una batería que se carga y da impulso al preciso movimiento de una máquina. Precisión que inútilmente se podría imponer entre nosotros que arribamos

útil— ya que se encontraría ubicado en el corazón de la ciudad "del buen sol y del buen vino". Además, se podría convertir en un atractivo turístico para los visitantes que proceden de ciudades en las que el sol se asoma con timidez.

Y realizarlo no costaría mucho. Se compone simplemente de una superficie plana y curvada, provista de un cuadrante dividido en doce campos iguales y una varilla o plancha metálica cuya sombra marca el paso del tiempo indicando las horas. Y con miras al Mundial 78, se le podría colocar una plaqueta que indique cuál es su funcionamiento, con explicaciones en inglés, francés, alemán, italiano y portugués, por ejemplo.

A algunos les parecerá ridículo. También puede parecerle una maceta, o cualquier otro objeto. Pero seguramente no tendrán argumentos para discutir que —en caso de colocarlo— somos testigos, dentro de un mundo circunscrito por la contaminación ambiental, de los orígenes de la técnica. De épocas, en las que el hombre quizá por ingenuo, quizá por respeto al prójimo no fabricaba elementos tan sofisticados, pero útiles para satisfacer sus necesidades. Un ejemplo de ello es el reloj de sol, nacido 1500 años antes de Cristo. A pesar de que hasta el momento,



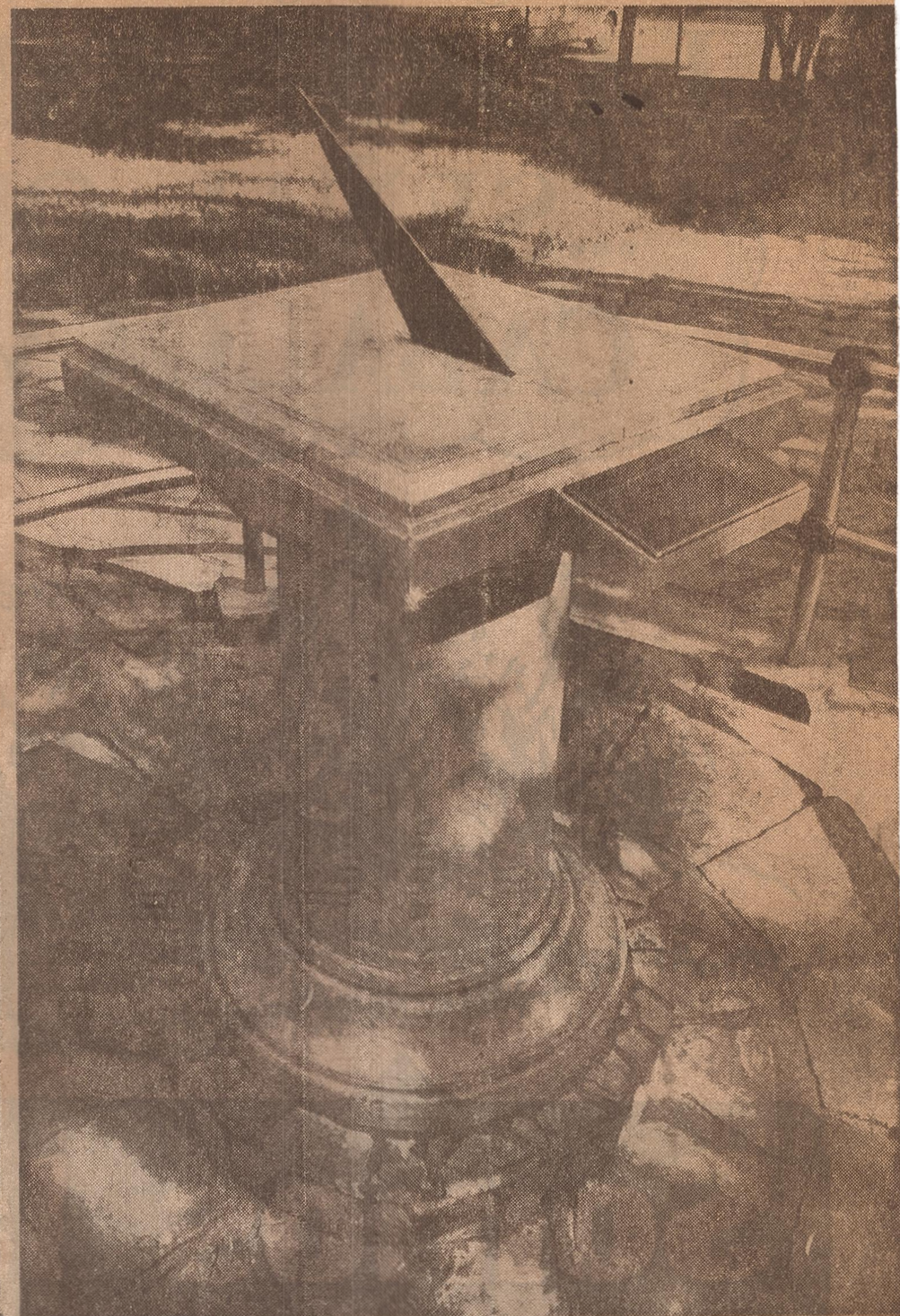
Ubicado en una plaza céntrica, con explicaciones en varios idiomas, sería una atracción más para los turistas.

"alrededor" de las ocho; que asistimos a una cita "entre" las 22 y las 23, o que tenemos un colectivo de larga distancia cuyo horario de partida es a las 20, pero seguramente partió a las 19.57 o iniciará su marcha a las 20.06.

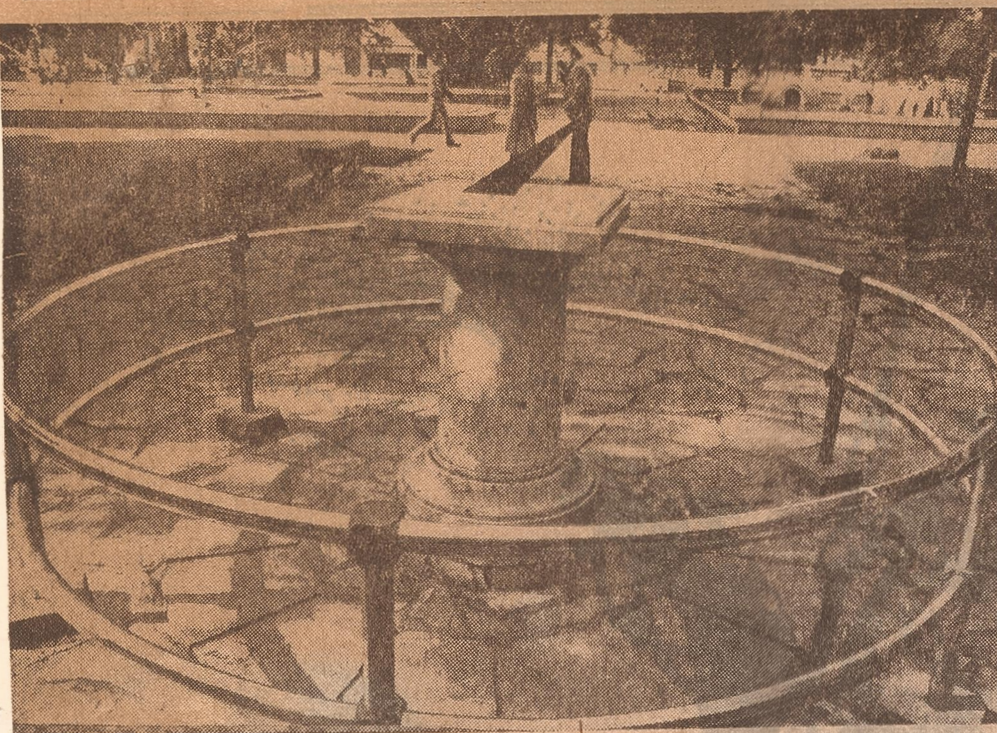
...y a través de los diversos sistemas, se ha vuelto al uso de la energía solar. Una de las primeras que fueron utilizadas para que el hombre —ser finito y terreno— pudiera dividir el tiempo en partes para, más o menos, organizar su vida. Recordemos que uno de los primeros relojes fue el de sol, un artificio para saber la hora diurna, basado en la proyección de la sombra de un vástago sobre un cuadrante. Lógicamente no era "sofisticado", ya que sólo servía durante las horas y los días de sol. De allí que el altamente tecnificado utilice la energía y no la sombra, y marque con casi absoluta precisión las horas, los minutos, y los segundos en que nos encontramos ubicados en el tiempo.

Lógicamente que en este mundo que día a día tiende a tecnificarse cada vez más, no vamos a encontrar muy fácilmente un reloj de sol. Aunque si a una gran cantidad de gente que nos pregunta por las calles: ¿qué hora es? Y si reflexionamos un poco, en las plazas —sin ocasionar mayores erogaciones— se podrían ubicar. Aunque no sea en todas. Pero si algunos o por lo menos uno. Por ejemplo en plaza Independencia, por nombrar una de las más transitadas de nuestra ciudad.

Allí, justamente luciría y sería útil —sí, luciría y sería



Construir uno en Mendoza, no costaría demasiado. Su técnica es muy sencilla.



En plaza Lavalle, en la Capital Federal, se encuentra ubicado el que muestra el grabado.